

A close-up photograph of a woman's face, partially obscured by a black lace mask. She is holding a large, vibrant red rose in her hand. The background is dark, and the lighting highlights the texture of the lace and the petals of the rose.

ADRIANA RUBENS



*Detrás
de la máscara*

Novela ganadora del
VI Premio Vergara – El Rincón de la Novela Romántica



VERGARA

DETRÁS DE LA MÁSCARA

Adriana Rubens



1.ª edición: enero, 2016

© Adriana Rubens, 2016

© Ediciones B, S. A., 2016

para el sello Vergara

Consejo de Ciento 425-427, 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

Printed in Spain

ISBN: 978-84-15420-99-6

DL. B 26227-2015

Impreso por QP Print

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*A mi madre..., porque gracias a ti descubrí
el maravilloso mundo de la novela romántica.*

*A mis hijos..., porque mis palabras
se alimentan de vuestros besos y abrazos.*

Y a mi marido..., ¡Bazinga!

Prólogo

Londres, 1877

—Señora, ¿qué ciudad es esta?

Kathleen Anne Sweeney miraba asombrada por la ventanilla del carruaje en el que viajaban desde hacía media hora.

—Kathleen, ya te he dicho que debes llamarme tía Heather —suspiró con paciencia la mujer que la acompañaba.

Como Kathy acababa de conocerla, le costaba asimilar que aquella deslumbrante mujer tuviera algo que ver con ella.

—Perdón, señ..., tía Heather.

Su tía sonrió complacida y el carruaje pareció iluminarse. En sus ocho años de vida, Kathy nunca había visto a una mujer tan bella y elegante, y eso que había visto a muchas mujeres refinadas. Su amiga Patty y ella iban a veces a vender flores o cerillas en Covent Garden y veían a verdaderas damas, de esas que tenían título aristocrático, lucir sus mejores joyas y vestidos para la ópera o el teatro.

Para Kathy, su tía era inigualable. Parecía brillar con luz propia, con ese cutis tan blanco y ese cabello cobrizo

que reflejaba los rayos del sol con cada movimiento. Su ropa era de un tejido tan suave que sus manos insistían en acariciarla a hurtadillas, a pesar de que su tía le había advertido, varias veces, que no era correcto.

—Seguimos en Londres —explicó Heather, contestando a su pregunta inicial—. Esto es Kensington.

«Pues no parece Londres», pensó Kathleen extrañada.

O al menos el Londres que ella conocía. Las calles no olían a orín o cosas peores. No se veían callejones oscuros, llenos de inmundicias, donde las cucarachas campaban a sus anchas.

El mundo de Kathleen estaba plagado de cucarachas.

Cucarachas enormes como ratas.

Ratas grandes como gatos.

Gatos tan gordos que parecían cerdos.

Personas que olían peor que los cerdos.

Eso resumía a la mayoría de los habitantes de Whitechapel.

Hasta entonces había vivido en aquel mísero barrio, en una pequeña habitación de la calle Star, junto a su madre. Pero ella ya no estaba.

Kathy absorbió con la mirada la interminable sucesión de mansiones, jardines y parques que se veían por la ventanilla. La gente paseaba con tranquilidad, disfrutando del sol veraniego. Las damas, protegidas por primorosas sombrillas, iban escoltadas por elegantes caballeros con sombrero. Los niños corrían felices, dejando a su paso una estela de risas.

Sin preocupaciones. Sin miedo.

Eso era impensable en el lugar de donde procedía. En Whitechapel reinaba el temor. Miedo a pasar hambre, a que el estómago rugiera por falta de alimento; miedo a las enfermedades, a las muchas epidemias que asolaban sus

calles por falta de higiene; miedo a la oscuridad, porque en ella se escondía toda clase de monstruos en forma de hombres que violaban, robaban y mataban sin pensárselo dos veces.

—¿*Ande* vamos?

—Se dice *adónde vamos* —corrigió la mujer, recalcando bien las palabras—, y la respuesta es: a tu nuevo hogar.

—¿Me vas a llevar a tu casa?

—Por Dios, no —exclamó, mirándola con horror y sorpresa—. Mi casa no es un lugar adecuado para una niña —explicó, un tanto incómoda—. Te voy a llevar a un internado para señoritas y ahí aprenderás todo lo necesario para llegar a ser toda una dama.

—¿Como *usté*? —preguntó Kathleen, ilusionada—. Porque a mí me encantaría convertirme en una dama como *usté*.

—*Usted* —rectificó su tía con paciencia y una sonrisa complacida.

Parecía que la declaración de Kathy había sido de su agrado, porque le acarició los rizos rubios mientras continuaba hablando.

—Sí, te convertirás en toda una dama como yo —musitó, pensativa—. ¿Sabes? Te pareces mucho a mí cuando era pequeña, aunque con el pelo rubio y esos ojos índigo tan peculiares.

—Pero tengo los ojos azul oscuro, no *íñigo* —aclaró Kathy, confundida.

—Esa tonalidad de azul se llama índigo —explicó Heather, y soltó una carcajada musical como una campanilla—, y tienes suerte de no parecerte a tu madre. Tenía un pelo zanahoria y unos ojos marrones de lo más vulgar. Anne era una mujer corriente, del montón.

Kathleen se revolvió en el asiento, molesta por la crítica de su madre pero reacia a demostrarlo. Se concentró en mirar por la ventanilla, sumida en sus pensamientos.

Para ella, su madre no era ni vulgar ni corriente; todo lo contrario. Había sido una mujer fuerte, cariñosa y amable, que la había cuidado tan bien como había podido dadas sus circunstancias, y habría seguido ocupándose de ella si no hubiese sucumbido a la enfermedad. Cuando ya se encontraba demasiado débil para salir de casa, Kathy se había hecho cargo de todo. A fin de cuentas, siempre se habían cuidado mutuamente. Hasta el final.

Kathleen no era tonta. En un barrio como Whitechapel, los tontos no duraban mucho. Su madre se ganaba la vida cosiendo, pero no siempre tenía encargos para salir adelante. Sabía lo que se había visto obligada a hacer en ocasiones para poner un plato en la mesa. Pero no se lo reprochaba. Lo había hecho por ella. Como su madre siempre le decía: «Cuando de verdad se ama a alguien se es capaz de cualquier cosa por protegerlo.» Y si de algo estaba segura era de que su madre la había adorado.

—Tú prometes ser una belleza destacable, como yo —continuó diciendo su tía—. Tan solo hay que poner un poco de carne en esos huesos, y darte modales y una buena educación. —La recorrió con una mirada calculadora—. Créeme; si te mueves en los círculos adecuados, seguro que pescas un buen marido.

En algún lugar del camino se debió de dormir, porque tía Heather la despertó con un suave zarandeo. Kathy miró a su alrededor, somnolienta y confundida.

—Estamos llegando —anunció su tía.

Kathleen se asomó a la ventanilla. Cualquier rastro de la ciudad había desaparecido, y viajaban por un paisa-

je bucólico. Nunca había visto un sol tan brillante, un cielo tan azul ni un verde tan intenso como el de la campiña inglesa en un hermoso día de verano. Respiró profundamente, intentando captar cualquiera de los olores que le eran familiares. Nada. En cambio, sus fosas nasales absorbieron con fruición los nuevos aromas que le ofrecía la naturaleza, sin saber cómo identificarlos.

El carruaje enfiló un camino flanqueado de frondosos chopos. La luz se filtraba entre las hojas creando un hermoso caleidoscopio. Al final del sendero, un inmenso edificio de piedra gris y tres plantas de altura las aguardaba con solemnidad.

—Es impresionante, ¿verdad?

—Mucho.

—Es un bello ejemplo de arquitectura isabelina. ¿Ves las formas clásicas?, ¿las líneas puras?, ¿la simetría de las proporciones? —dijo su tía, señalando el edificio.

—Vaya, es verdad. Tiene mucha simetría —convino Kathy, observando con atención.

La mujer asintió satisfecha.

—Tía Heather, ¿puedo hacerte una pregunta? —Kathy esperó a que asintiera—. ¿Qué significa *simetría*?

—Significa que te va a venir muy bien estudiar aquí —musitó su tía, poniendo los ojos en blanco.

El carruaje se detuvo a los pies de la escalinata.

—Escucha, Kathleen, este internado es uno de los más exclusivos de Inglaterra —manifestó con frialdad—. Vas a codearte con las hijas de la flor y nata de la sociedad inglesa, y no creo que te beneficie en nada que se sepa que eres una rata de alcantarilla que viene de Whitechapel.

Kathy se sintió humillada ante la crudeza del comentario, pero guardó silencio.

—Por eso lo mejor es que mantengas en secreto tu procedencia —prosiguió tía Heather, muy seria—. En caso contrario, ni siquiera se dignarían a hablar contigo. La alta sociedad es muy elitista. Si te preguntan, di que vienes de una familia de banqueros pero te has quedado huérfana. Los banqueros son respetables y los huérfanos dan pena. Seguro que así te integras a la perfección. A partir de ahora te llamas Kathleen Anne Swan. ¿Lo has entendido?

Kathy asintió, con un nudo en la garganta.

—Buena chica —la alabó, palmeándole la cabeza como si fuese un cachorrillo complaciente—. Espérame aquí mientras hablo con la directora.

Tía Heather descendió con movimientos elegantes y empezó a subir los escalones con porte regio.

Kathy obedeció sin dudar, demasiado intimidada por la imponente figura que aguardaba en lo alto de la escalinata. Era una mujer de unos cuarenta años, alta y delgada como un junco, con el pelo oscuro recogido severamente en un rodete apretado. Su rostro de facciones angulosas observaba a las recién llegadas con expresión severa. Llevaba un vestido de corte austero que se mimetizaba a la perfección con el gris del edificio.

Era evidente que no se alegraba de verlas; su ceño fruncido era prueba de ello. Tía Heather y ella intercambiaron unas palabras en voz baja. Kathleen aguzó el oído, pero le fue imposible distinguir nada de lo que decían. Pasados unos tensos minutos, su tía se giró hacia ella con una sonrisa de satisfacción. Fuera el que fuera el motivo de la discusión, tía Heather había ganado.

—Kathleen, ven aquí, por favor.

Kathy subió las escaleras con aprensión.

—Querida, te presento a la señora Carlston, la direc-

tora de esta prestigiosa escuela. Está encantada de que pases aquí los próximos años —añadió con una mirada de advertencia a la mujer.

—Señorita Swan, es un placer tenerla en nuestro internado —afirmó la señora Carlston con una sonrisa tensa.

—Mi tía dice que este va a ser mi nuevo hogar —señaló la niña con mirada solemne, intentando disimular la indefensión que sentía—, y que me enseñarán a ser una dama.

La señora Carlston debió de leer algo en el rostro de Kathy, porque sus ojos se ablandaron considerablemente.

—Sí, pequeña. Este va a ser tu nuevo hogar —aseguró con tono afable—, y te enseñaremos a ser una auténtica dama. —Su voz se tornó gélida cuando se dirigió a Heather—. Aguardaré dentro para que podáis despediros a solas.

Tía Heather se arrodilló para ponerse a su altura y la miró muy seria.

—Escucha, Kathleen, y escúchame bien. Te brindo una oportunidad muy grande al traerte aquí. Si te aplicas, puedes conseguir un gran conocimiento, y el conocimiento es poder. Créeme, en este mundo de hombres, una mujer debe ser poderosa para que la tengan en cuenta. Recuérdalo siempre. ¿Lo has entendido?

Kathy asintió con solemnidad, memorizando aquellas palabras.

—Sé buena y vendré a verte dentro de poco —prometió, y le dio unas palmaditas en el hombro a modo de despedida.

Kathleen no esperaba más; a fin de cuentas, se acababan de conocer. Pero no consiguió evitar la sensación de

abandono. Después de todo, su tía era la única persona del mundo a la que su vida parecía importar algo.

Un pensamiento le acudió a la mente cuando su tía estaba a punto de subir al carruaje.

—Tía Heather, ¿tú eres poderosa?

—Bastante —respondió, dirigiéndole una mirada calculadora—, pero con tu ayuda, algún día espero serlo mucho más.

1

Diez años después

Kathleen abrió el baúl donde debía guardar las pertenencias que había acumulado en los diez últimos años. Miró a su alrededor, intentando decidir por dónde empezar. Sin duda por los libros, pues eran lo que más valoraba.

Era una estancia grande, sencilla pero elegante, que se había convertido en el centro de su mundo. Estaba amueblada con lo justo: una mullida cama de suaves sábanas blancas, una mesita de noche en la que reposaba la novela que leía justo antes de dormir, un armario en el que guardaba los pocos vestidos que poseía y un escritorio en el que había estudiado casi a diario.

Al otro lado de la estancia, el mobiliario se repetía de forma simétrica. Ese espacio estaba dolorosamente desierto, pues su compañera de habitación había abandonado el internado el día anterior. Acostumbrada al revoltijo sin el que su mejor amiga parecía incapaz de vivir, verlo todo tan vacío le atenazaba el estómago.

Kathy se reprendió mentalmente. Los años de formación habían acabado. Aquella era su última noche en el internado. Al día siguiente partiría hacia Londres. Era el momento de pasar página y pensar en el futuro.

Y su futuro era un constante dolor de cabeza.

El internado de la señora Carlston era una escuela para mujeres desacostumbrada, progresista. En otras instituciones solo se educaba a las niñas para ser correctas esposas y madres, para saber llevar un hogar. En cambio, en el internado de la señora Carlston se cultivaba la mente de las alumnas tanto como en las escuelas masculinas, lo que les brindaba la posibilidad de acceder a los estudios universitarios. Las jóvenes pupilas recibían una formación completa: matemáticas, geografía, historia, biología, artes, idiomas y otras muchas asignaturas que completaban su educación. Kathy había sido una alumna aventajada en todas ellas.

Los dos últimos años, la señora Carlston le había dado la oportunidad de ayudar en las clases de las niñas pequeñas. Había resultado una experiencia reveladora: le gustaban los niños y le encantaba la enseñanza. No podía imaginar una ocupación mejor que la de maestra.

El problema era que estaba convencida de que su prometido, el todopoderoso y ausente marqués de Dunmore, nunca le permitiría ejercer una profesión.

Maldijo mil veces a su tía por haber puesto su mundo patas arriba dos años atrás, y a su prometido, por haber huido a la primera de cambio. No se lo había podido perdonar a ninguno de los dos.

Unos golpes en la puerta la devolvieron a la realidad.

—Disculpa, Kathleen, ¿interrumpo?

Kathy sonrió al ver asomar a la que había sido su mentora durante aquellos maravillosos años.

—Adelante, señora Carlston. Usted siempre es bienvenida.

Charlotte Carlston entró con sus típicos ademanes

envarados, con la espalda bien recta y el rostro ligeramente alzado. Era una pose que emulaban todas las niñas del internado, pues así era como caminaban las verdaderas damas. Kathy y su amiga habían practicado interminables horas en la intimidad de su habitación, poniéndose libros en la cabeza para ir de pared a pared intentando mantener el equilibrio. Con el tiempo se habían convertido en expertas.

El tiempo había respetado a la señora Carlston. Pese a que ya pasaba de los cincuenta, en su cabello oscuro apenas se veían hebras plateadas. Con la edad había ganado un poco de peso, que suavizaba sus facciones angulosas, y sus vivaces ojos azules brillaban con la misma intensidad que siempre.

Durante su estancia, Kathy la había llegado a apreciar de verdad. Tras la fachada estricta se escondía un corazón amable y cariñoso, así como una excelente educadora. Era exigente pero flexible, de gran inteligencia y mente abierta. Y lo más importante, trataba a todas sus alumnas con la misma consideración, fueran hijas de duques o simples plebeyas.

Una sombra de tristeza atravesó su rostro cuando vio que Kathy recogía sus pertenencias.

—¿Sabes?, año tras año es muy duro ver marchar a las muchachas que terminan sus estudios. Siento que parte de mi corazón se va con ellas —confesó con pesar—. Pero en tu caso, ese sentimiento es mucho más profundo. Te he llegado a querer como a una hija.

Kathleen, conmovida por aquellas palabras, sintió como las lágrimas se agolpaban en sus ojos.

—Para mí... —La voz se le quebró—. Para mí también es duro irme de aquí. Es lo más parecido a una madre que he tenido en los últimos años.

Una emoción que no pudo descifrar cruzó el rostro de la mujer.

—Voy a proponerte una cosa que quiero que consideres con detenimiento —anunció la señora Carlston, mirándola con seriedad—. Durante todos estos años he presenciado tu desarrollo, y quiero pensar que en cierta medida he contribuido a él. Aunque el mérito ha sido tuyo; has sido la alumna más aplicada y voluntariosa que haya pasado jamás por aquí. Por eso, para mí sería un placer que considerases la posibilidad de quedarte en el internado, en calidad de educadora. Me voy haciendo vieja, y una persona joven y dinámica como tú sería un soplo de aire fresco entre estos viejos muros.

Kathy contuvo el aliento. La propuesta le resultaba tan tentadora que tuvo que morderse el labio para no decir que sí al instante.

Tan solo había dos impedimentos.

—Señora Carlston...

—Por favor, puedes llamarme Charlotte.

—Charlotte —convino—, debo meditar su propuesta. No seré libre de tomar una decisión hasta haber resuelto ciertos impedimentos.

—Pero eres una muchacha libre. No entiendo qué puede impedirte hacer lo que decidas con tu futuro —expuso, consternada.

Ese era el problema, que no era libre del todo. Uno de los impedimentos era su futuro esposo. Solo estaba al tanto de su compromiso un cerrado círculo de familiares y amigos, por lo que Kathy solo habló del segundo obstáculo que la atenazaba.

—Mi tía —apuntó con resignación.

Tía Heather esperaba mucho de ella, y no se iba a conformar con que fuera una simple maestra. Sus aspiracio-

nes eran mucho más altas, como había dejado bien claro años atrás.

La señora Carlston frunció el ceño, como siempre que Kathy mencionaba a su tía. Era incapaz de disimular cuánto la detestaba.

—A estas alturas sabrás que esa mujer no es santo de mi devoción. Considero que es una egoísta y una manipuladora, y no te he educado para que te dejes guiar por su mente retorcida. Eres una muchacha práctica y muy lista. Seguro que encuentras la forma de mover los hilos en su contra.

—Pero le debo lo que soy. Si no se hubiera hecho cargo de mí...

La señora Carlston bufó.

—Pues agrádecele el paseo en carruaje, porque fue lo único que hizo por ti. El resto ha sido obra tuya. Eres lo que eres por ti misma. Nunca lo olvides.

—Y todo el dinero que se ha gastado en mi educación...

—Pregúntale de dónde sale su maldito dinero —replicó Charlotte, alterada—. Pregúntale...

Cerró la boca de golpe al percatarse de que había estado a punto de hablar más de la cuenta. Se frotó las manos de forma compulsiva, como tenía por costumbre cuando intentaba no perder los estribos.

—Lo siento, me he extralimitado. Por favor, acepta mis disculpas.

—No tiene por qué disculparse, Charlotte. Entiendo que lo ha dicho por mi bien.

—Voy..., voy a dejarte a solas para que puedas seguir con el equipaje. —Justo antes de salir por la puerta se detuvo, dubitativa—. Decidas lo que decidas, méditalo bien —añadió con un murmullo ronco—, porque

hay errores que pueden perseguirte durante toda tu vida.

Durante el resto del día, mientras hacía el equipaje y se despedía de la gente con la que había convivido tantos años, Kathy siguió el consejo y meditó.

En su prometido no tenía sentido que se parase a pensar, puesto que la razón no era aplicable en su caso. Hasta que lo tuviera delante no podía ni imaginar lo que ocurriría, porque cuando estaban cerca, la mente de Kathy dejaba de funcionar con normalidad.

Así que se concentró en su tía.

Había visto el lado oscuro de aquella mujer en más de una ocasión, y temía descubrir algo mucho peor. Porque, de forma inexplicable, Kathy le había cogido cariño. A fin de cuentas, no tenía más familia en el mundo. Aunque también era cierto que no habían hablado mucho, a pesar de que entre ellas había muchos asuntos que debían aclarar y que se habían ido postergando demasiado.

Kathy se acostó decidida. Al día siguiente, su tía y ella mantendrían una conversación que esperaba resolviese muchos misterios.